

Entre la ortodoxia y los cambios. Un análisis del pentecostalismo en Cuba	Titulo
Berges, Juana - Autor/a;	Autor(es)
América Latina y el Caribe: territorios religiosos y desafíos para el diálogo	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO	Editorial/Editor
2009	Fecha
Colección Grupos de Trabajo	Colección
Movimientos religiosos; Pentecostalismo; Catolicismo; Religión; Cambio social; Cuba;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
"http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20150116032044/Berges.pdf"	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Juana Berges*

ENTRE LA ORTODOXIA Y LOS CAMBIOS UN ANÁLISIS DEL PENTECOSTALISMO EN CUBA

LA EVOLUCIÓN DEL MOVIMIENTO PENTECOSTAL en Cuba muestra similitudes así como peculiaridades con respecto al resto de América Latina y el Caribe. En los últimos cuarenta y cinco años, la principal diferencia que lo distingue estriba en haber vivido, de modos variados, la experiencia de un proyecto socialista del que ha sido testigo y protagonista como parte de la sociedad.

El propósito que guía este trabajo es mostrar cambios relevantes producidos en una de las formas de religiosidad de la Isla quizás menos divulgada y hasta hace sólo dos décadas muy poco significativa.

Cuando el pentecostalismo se insertó en el cuadro religioso nacional, ya entrado el siglo XX, lo hizo en condiciones de aguda competencia con otras creencias, prácticas e instituciones eclesíásticas. Hasta aquel entonces, el escenario de la espiritualidad religiosa fue conformándose, destacándose en él dos características básicas: su diversidad y el sincretismo cuajado al calor de un proceso en el que intervinieron diferentes raíces, pero sobre todo los componentes español y africano. El catolicismo impuesto por el dominador ibérico, por su cercanía al llamado catolicismo popular, propició síntesis posteriores. A su vez, los africanos traídos por la fuerza de la esclavitud dieron un decisivo

* Investigadora y fundadora del Departamento de Estudios Sociorreligiosos del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS), Cuba.

aporte a la cultura a pesar de prejuicios y discriminaciones. Sus religiones, específicamente, trascendieron el período de explotación esclavista y se extendieron en el tejido social de manera creativa. Tanto en la inserción de lo español como de lo africano estuvo presente la pluralidad expresiva de un conjunto de culturas de distintos pueblos, lo que hacía más relevante, ya desde entonces, la multiculturalidad de la que procedemos.

Otras contribuciones se habían sumado, entre ellas, expresiones de religiosidad asiática y el vodú, traídos respectivamente por trabajadores chinos y haitianos, así como el judaísmo, incorporado por inmigrantes hebreos procedentes de Europa y Norteamérica. El espiritismo se diseminó en cuantía considerable desde su entrada al país a mediados del siglo XIX. Igual que este, el protestantismo llegó desde Estados Unidos. En ese escenario se destacaba y destaca una religiosidad alejada de instituciones reguladoras, con manifestaciones más bien espontáneas, plena de cultos, devociones y peregrinaciones. En ella, las personas enlazan diferentes símbolos aportados por el catolicismo, las religiones de origen africano y la imaginación esperando que sus problemas cotidianos sean solucionados con la ayuda generosa y milagrosa de sus protectores.

La entrada del protestantismo tradicional e histórico¹ había sido obstaculizada por una España colonial que repelía cualquier intento de erosión del monopolio católico. Las primeras iglesias no romanas fueron organizadas, en la última parte del siglo XIX, por cubanos que residían en EE.UU. Se les ha calificado de *misioneros patriotas* por la contribución que dieran a la contienda bélica contra la metrópoli española articulando su fe cristiana y sus ideales independentistas.

La intervención norteamericana en la guerra (1898) marcó el inicio de la ofensiva para el asentamiento masivo del protestantismo. Los nacionales fueron desplazados de sus puestos de dirección, y el desarrollo de las denominaciones quedó en manos extranjeras y bajo control directo de las Juntas de Misiones Domésticas, lo que hizo patente que, también en ese aspecto, la Isla era considerada parte del territorio de Estados Unidos. Se insertó un cristianismo dependiente del modelo norteamericano e igual a este en formas y contenidos. De ahí que la población lo asimiló como lo importado, extraño, al punto que en el lenguaje popular las organizaciones eclesiales que se creaban fueron definidas en conjunto como *iglesias americanas* y *colegios americanos*. Estos cen-

¹ Los estudios del protestantismo en Cuba consideran dos grandes vertientes a partir de su origen en determinadas condiciones histórico sociales, los elementos doctrinales y el pensamiento religioso que les es característico: el tradicional o histórico y el tardío. En la segunda vertiente ubicamos a las iglesias pentecostales.

tros educacionales constituyeron la principal vía de socialización del protestantismo histórico². Alcanzaron alto prestigio por sus avanzados métodos de enseñanza y la formación integral que proporcionaban a los alumnos, pero a ellos sólo podía acceder una minoría de la población. El doctor Rafael Cepeda, uno de los decanos del protestantismo cubano, ha dicho: “Cuba heredó de los misioneros las ideas de su particular formación teológica, sus estructuras eclesiales, su himnología, su estilo de predicación y aun las líneas arquitecturales de sus templos evitándose así una expresión nativa de la fe cristiana como parte de una cultura nacional” (Cepeda, 1986: 76). En un país caracterizado por formas religiosas ya enraizadas, la tendencia del protestantismo a no vincularse a la cultura nacional le impidió avances numéricos significativos.

Estrenada en los albores del siglo XX, la República neocolonial vio a la Iglesia Católica recuperar privilegios, a los protestantes diversificarse con sus heterogéneas organizaciones, prácticas, creencias y comportamientos, mientras se extendían otras formas de espiritualidad religiosa, incluido el fervor hacia las de ascendencia africana y las llamadas devociones del pueblo, no por sumergidas menos fuertes en el entramado social.

La primera Constitución republicana, de claros avances y alcances, dispondría en el plano religioso (artículo 26) la separación de la Iglesia y el Estado (que no podrá subvencionar ningún culto) y “la libre profesión de toda las religiones, así como el ejercicio de todos los cultos”, añadiendo una frase que legitimaba a católicos y protestantes y dejaba clara la discriminación hacia el resto de las expresiones: “sin otra limitación que el respeto a la moral cristiana y al orden público” (Pichardo, 1969: 74).

A pesar de su estilo anglosajón y su alejamiento de patrones culturales nacionales, las iglesias evangélicas, en su paulatino avance, fueron acogiendo una diversidad de sectores sociales a quienes dieron atención pastoral y transmitieron enseñanzas y valores, mostrando mayor amplitud en su composición que la Iglesia Católica. La cercanía a sectores humildes se profundizaría notablemente con el pentecostalismo.

Surgido en Estados Unidos a fines del siglo XIX, el pentecostalismo se extendió, de manera rápida, por distintos países del continente. Existen referencias de visitas realizadas a Cuba por representantes de

² En sus excelentes siete ensayos, José Carlos Mariátegui (1962: 173) apreció que lo protestante en Latinoamérica no consigue penetrar por obra de su poder espiritual y religioso sino de sus servicios sociales. El análisis guarda su efectividad para la época y la extensión del protestantismo tradicional. El desarrollo del movimiento pentecostal adicionó luego otras características y el escenario se ha hecho aún más complejo con los llamados Nuevos Movimientos Religiosos.

iglesias de este tipo durante los primeros años de la pasada centuria³. Sin embargo, es común que se acepte la década del treinta como la del inicio del trabajo misionero, porque fue a partir de entonces que el pentecostalismo se diseminó a lo largo del territorio nacional a través de dos vías básicas: introducido por misioneros de Estados Unidos y en menor medida de Canadá, Jamaica y Puerto Rico; o nacido de divisiones internas y nuevas creaciones, con carácter más autónomo.

Antes del triunfo revolucionario de 1959, los pentecostales alcanzaron su mayor auge entre 1949 y 1958 con la ayuda de campañas de sanidad y evangelísticas. Disponían, además, de la radio y de publicaciones que les servían de medios amplificadores. Al final del período señalado reunían alrededor de 20 mil adherentes. Según puede verse, a pesar de las expectativas despertadas por su culto, donde se podía dar rienda suelta a las emociones y encontrar alivio a situaciones sin salida, el pentecostalismo no había logrado hacerse notar suficientemente.

Los lugares de culto comenzaron a crearse en los barrios más pobres de las áreas urbanas y en zonas rurales y semi-rurales donde era difícil encontrar otras organizaciones eclesióásticas. Con frecuencia, los pastores comenzaban a realizar sus prédicas bajo carpas o en pequeños locales, también al aire libre, captando feligresías de escasos o nulos recursos económicos y bajo nivel educacional. En consecuencia, las congregaciones quedaban conformadas por individuos de los sectores más humildes, sobre todo trabajadoras domésticas, subempleados, desempleados y amas de casa. Con excepción se acercaban personas de nivel educacional medio y en proporción casi nula personas de nivel alto o superior.

Tal vez la autonomía de algunos grupos y rasgos que son propios del movimiento pentecostal favorecieron el acercamiento a personas que canalizaban su fe religiosa dentro de formas populares. La acción de la sanidad divina podía ser recibida como alternativa ante las enfermedades, especialmente en regiones huérfanas de centros hospitalarios y personal especializado, donde las creencias habían asimilado

3 Maruja Olmos ofrece el dato de un trabajo misionero que no trascendió, desarrollado por aquella época en las ciudades cubanas de Cárdenas y Trinidad (Olmos Muñoz, 1952: 10). A su vez, Marco Antonio Ramos, en su detallado estudio sobre el protestantismo cubano, nos habla de un grupo misionero enviado a la Isla en 1902 por la Misión Pentecostal con sede en Nashville, EE.UU. Aclara que este formaba parte del llamado movimiento de santidad y que finalmente se unió a la Iglesia del Nazareno, ubicándolo como precursor en Cuba de la referida denominación. Ramos también ofrece información sobre la visita realizada por un evangelista norteamericano de la Iglesia de Dios de Cleveland, Tennessee, de nombre Sam C. Perry, quien no *estableció iglesias*. Además, se refiere a la misionera de la Asamblea de Dios, May Kely quien en la década del veinte organizó reuniones evangelísticas en carpas levantadas en la provincia de La Habana. Una visita la realizó junto con Ana Sanders, de origen danés (Ramos, 1986: 321).

prácticas similares, generalmente a través del espiritismo y el prestigio de curanderos locales. Aunque el pentecostalismo no tuvo ni tiene por objetivo –al menos por lo que declaran sus líderes– aproximarse a las expresiones y devociones de más relevancia en la población, algunas de sus manifestaciones abren paso a la formación de puentes de continuidad –asociativos y sustitutivos– con relación a la cultura religiosa de mayor incidencia en el país. Esto ha ejercido un claro papel en su más reciente crecimiento.

Los aspectos doctrinales esenciales del pentecostalismo que le confieren un estilo propio y permiten a practicantes y estudiosos referirse a las iglesias del tipo pentecostal o al llamado movimiento pentecostal dentro del mundo protestante son la conversión, el bautismo del Espíritu Santo, la sanidad divina y el segundo advenimiento de Cristo (sintetizado a menudo en la frase *Cristo sana, salva, bautiza en el Espíritu y viene otra vez*).

La conversión es la disposición de la persona a ser transformada por Dios a través de la acción del Espíritu Santo. Representa un cambio hacia otra forma de vivir fundada en el momento expedito de convertirse. El individuo, por lo común, afirma reconocer que ha sido revalorizado gracias al poder del Espíritu y al apoyo de sus hermanos de congregación, lo que hace más sólida su incorporación al grupo religioso.

Para alcanzar el Reino y ser salvos (la salvación es un estado de búsqueda permanente), el pentecostalismo ha exhortado a alejarse de *las cosas del mundo*, lo que dificulta asociaciones con una actitud social participativa. El mundo es identificado como el lugar de los vicios y pecados regularmente representados desde una perspectiva individual (hábito de fumar y consumir bebidas alcohólicas, pecados de la carne). En indagaciones realizadas entre la población pentecostal de la Isla, *el mundo* ha aparecido como la referencia contraria a la iglesia, de la que los creyentes se valen para explicar la significación que le otorgan a esta última en sus vidas (mientras más graves consideran los problemas de la sociedad y la cotidianidad, más importancia adquiere la iglesia). *El mundo* y la iglesia son polos contrapuestos. La segunda es descripta, más que como institución, como espacio de bienestar que ayuda a solucionar problemas materiales y espirituales, abandonar vicios y adquirir modelos de conducta.

El bautismo del Espíritu Santo se manifiesta a través de los dones espirituales, de gracia o carismas, destacándose la glosolalia (hablar en lenguas desconocidas), la sanidad divina y la facultad de profetizar o predecir. En total se reconocen nueve dones espirituales. En Cuba, como en otros países, la señal externa o evidencia inicial por excelencia que brinda seguridad al creyente de haber recibido el bautismo del

Espíritu Santo es la glosolalia. No obstante, el don de la sanidad divina ocupa también un lugar destacado.

Los pentecostales resaltan el segundo advenimiento de Cristo tras el empeoramiento de la situación del mundo, es decir, son premilenaristas. Y fundamentalistas al realizar interpretaciones literales de la Biblia. Sin embargo, ni todos los pentecostales están atados a categorías fundamentalistas de pensamiento y acción en el sentido más amplio del término que aludimos, ni el fundamentalismo es privativo del movimiento pentecostal. Esta forma de pensamiento se manifiesta también en otras iglesias que incorporan en sus estilos, prácticas y pastorales posiciones dualistas (iglesia-sociedad, sagrado-profano, mundo-cielo). Determinadas actitudes ante la vida expresan modulaciones de fórmulas tradicionales y nuevas visiones en el pentecostalismo cubano que se han ido fortaleciendo.

Tradicionalmente el pastor en estas comunidades se formaba en la práctica con la ayuda de sus facultades carismáticas. Las direcciones eclesíásticas se basaban en el criterio de que la experiencia y las características personales eran más importantes que una educación estructurada. La exigencia de formación profesionalizada tenía, por tanto, un rango cualitativamente menor que en otras denominaciones evangélicas, aunque las agrupaciones del pentecostalismo contaban con centros de preparación. Esto condujo, junto al tipo de feligresía que reunía, a que el nivel cultural general y el específicamente teológico fueran bajos. Aquí se reconoce un nuevo aspecto donde las variaciones también han sido notables.

EL MOVIMIENTO PENTECOSTAL CUBANO EN MEDIO DE UN PROCESO DE CAMBIOS SOCIALES

Las ideas pentecostales dejaron poco margen a una adecuada valoración de los males sociales durante la República neocolonial. Básicamente, se orientaba a los fieles a la búsqueda del perfeccionamiento espiritual en la espera del segundo advenimiento de Cristo, de alcanzar el Reino y ser salvados. Junto a la ausencia de compromisos sociales frente a los graves problemas nacionales, las denominaciones protestantes carecían, en general, de una referencia teológica que tuviera en cuenta la realidad cubana de la época incluso durante los momentos de mayores contradicciones y conflictos sociales.

El estilo participativo y comunitario característico del pentecostalismo se circunscribía a los marcos de la organización religiosa. Avelino González, pastor cubano fallecido en 1991, decía en una entrevista al valorar aquella situación y establecer comparaciones: “todo era puro emocionalismo, pietismo, ascetismo, y el mundo a un lado [...] Tenemos que estar en el mundo, trabajar por un mundo mejor y así es como realizaremos una misión profética pentecostal” (Álvarez, 1989: 60-61).

A título personal algunos miembros del pentecostalismo se sumaron a la lucha revolucionaria contra la tiranía batistiana adoptando posiciones políticas por encima del retraimiento de sus estructuras eclesiásticas. La figura emblemática fue Francisco Martínez Luis, joven campesino, pobre y negro, con amplio sentido de justicia social. Colaboró con el Movimiento 26 de Julio y se unió a las fuerzas del Ejército Rebelde. Después continuó en el trabajo pastoral, donde sembró nuevas proyecciones que abarcaron la unidad cristiana y el servicio a la sociedad, hasta su muerte, en un lamentable accidente ocurrido en 1975. Fue el primer pentecostal que ocupó una vicepresidencia en el Consejo de Iglesias de Cuba, el organismo ecuménico de más larga trayectoria y representatividad en el país. En conductas como la de Martínez Luis estuvo la influencia de valores incorporados al amparo de esas mismas estructuras, que eran sobrepasadas abriendo nuevas proyecciones hacia el mundo.

Las transformaciones iniciadas en 1959 por la Revolución emergente encontraron a estas iglesias inmaduras para una respuesta positiva. Al interior de las congregaciones hubo divisiones tras la euforia común despertada por el fin de un período violento. Sobrevinieron tensiones, particularmente con aquellas iglesias que protagonizaron enfrentamientos directos. Dirigencias eclesiásticas y membresías disminuyeron por las migraciones hacia Estados Unidos. Se evidenciaron retraimientos y evasiones en personas que buscaban *refugio* tras los muros de los templos, pero, al mismo tiempo, parte de la feligresía se sumó a la movilidad social de la etapa que demandaba la más fuerte implicación de los ciudadanos en tareas y organizaciones sociales. Se abrían también espacios para una mayor incorporación de la mujer, sector que alcanza una alta representatividad en las congregaciones. Las propias actitudes de algunas direcciones eclesiásticas actuaron contra sus propios intereses al favorecer opciones de abandono de la iglesia cuando esta frenaba legítimas aspiraciones sociales o provocaba reacciones de decepción al interior de la comunidad de fieles, que no podían entender la fuga de sus líderes espirituales y el constante aliento a abandonar el país.

Un pequeño grupo, saltando por encima de presiones y críticas de “poco espiritual y mundano”, se dio a la tarea de fundamentar en la fe cristiana la justeza del proceso emergente. “No teníamos una Teología de la Liberación, ni corrientes que te aclararan cuestiones, no teníamos nada de eso. Buscamos en la Biblia. Nos reuníamos y nos poníamos a estudiar aquellos textos que nos daban basamento para la opción que habíamos tomado a favor de la Revolución que comenzaba”⁴.

4 Testimonio de la pastora Esther Quintero, de la Iglesia Evangélica Pentecostal. Un proceso similar envolvió a toda la comunidad evangélica nacional.

Las diferencias de apreciación, que inevitablemente condujeron a contradicciones y desencuentros, constituyeron la génesis de un movimiento de renovación tendente a cambiar estilos de concepción de la fe y la manera de actuar del creyente en la sociedad, considerando las reales condiciones de vida de su feligresía, mayoritariamente pobre y, por tanto, principal beneficiaria de los cambios revolucionarios.

Avanzada la década del sesenta, estas iglesias se volcaron a un proceso de influencia nacional que resultó más complejo de acuerdo al grado de dependencia estructural y económica con las matrices extranjeras. Fortalecerse institucionalmente también les era vital para adaptarse a las nuevas condiciones, ya que las formas de establecimiento habían sido un tanto espontáneas tomando como base el movimiento laical y el carisma de los líderes.

No obstante, en la complejidad de los sesenta se fundaron tres entidades eclesióstáticas nuevas del pentecostalismo, Misiones Amplias Mundiales, Iglesia de Dios Ortodoxa e Iglesia Evangélica Pentecostal Las Buenas Nuevas, y se estableció definitivamente la Congregacional Pentecostal, que había comenzado labores en 1955, mientras otras inauguraron templos o misiones. Un hecho que no se repitió en el resto de las denominaciones.

A fines de la década del ochenta y principios de la del noventa, podían definirse, tras una lenta acción renovadora frente al tradicionalismo fundamentalista, dos grandes tendencias que se habían ido conformando en el pentecostalismo (Fariñas y Díaz, 1990). La más generalizada era la que agrupaba a quienes, sin oponerse abiertamente al proyecto revolucionario, trataban de subsistir al margen de él conservando formas tradicionales de interpretación de la fe y la actividad religiosas (pietismo, conservadurismo, ascetismo). No obstante, se apreciaba la presencia de líderes y creyentes que reconocían, a veces públicamente, logros de la Revolución, particularmente en la salud pública y en lo educativo y cultural.

La segunda y minoritaria tendencia incluía a dirigentes y laicos identificados con el proyecto cubano e incorporados a tareas y organizaciones sociales. En ellos se evidenciaba el enriquecimiento de perspectivas proporcionado por relecturas bíblicas y el contacto con corrientes progresistas del pensamiento cristiano latinoamericano. Viejas normas de conducta, que obstaculizaban un intercambio creativo con la sociedad, eran abandonadas y, como parte de ello, también posiciones sectarias hacia la sociedad y hacia otras expresiones religiosas.

Podría parecer una paradoja que la tendencia más conservadora apareciera como la mayoritaria, si se tiene en cuenta la extracción social obrera y campesina de la generalidad de la feligresía. Sin embargo, hay que considerar las dificultades enfrentadas por este tipo de

creyentes para romper esquemas de pensamiento y categorías fundamentalistas, así como los estrechos lazos y el grado de atracción que los ata a sus carismáticos pastores. Pero es necesario remarcar que, en el período más convulsivo, el efecto de la propaganda desatada acerca de la represión hacia la iglesia y los creyentes, impregnada de un espíritu anticomunista, ha sido identificado por líderes eclesiásticos como más fuerte que la influencia de las ideas religiosas más conservadoras.

Las contradicciones internas aún continúan abriendo grietas al modelo heredado de las misiones foráneas y se constatan en la mencionada inserción de un sector de estas iglesias. El pensamiento y conducta renovadores pueden ser ilustrados con las palabras de miembros del pentecostalismo, en cuyos contenidos se aprecia la aparición de formas más modernas de pensamiento y nuevos sentidos. Hablamos de “sentido” en la línea que asume Bajtín: “Llamo sentidos a las respuestas a las preguntas. Aquello que no contesta ninguna pregunta carece para nosotros de sentido. El sentido posee carácter de respuesta. El sentido siempre contesta ciertas preguntas” (Bajtín, 1985: 367-368). Desde lo religioso, esas reflexiones orientaron y motivaron prácticas diferentes con el consiguiente resquebrajamiento de viejas concepciones⁵.

Permanencia de un espíritu analítico y democrático en materia de reflexión ante los problemas político-sociales y económicos del mundo actual [...] La justicia social es la moneda de amor en el mundo actual [...] El Espíritu Santo nos constriñe hoy a encarnarnos en nuestra realidad social, a trabajar para que el hombre pueda tener a través de nosotros la verdadera imagen de Dios, y a luchar para que sea plenamente libre. Al despojarnos de aquellos conceptos equivocados que nos mantenían alienados del mundo y su problemática, comprobamos que la operación de los dones carismáticos y el derramamiento del Espíritu Santo en manera alguna están reñidos con la entrega al hombre como el verdadero servicio a Dios, con lo cual mostramos nuestra espiritualidad (Cristiana Pentecostal).

Tras la etapa más conflictiva fuimos a una reflexión más consciente de lo que creemos y por qué creemos [...] Se perdieron una serie de cosas que no tienen que ver con la fe. Ganamos en experiencia, solidez, profundidad, a la luz de nuestras realidades. También a ir a una espiritualidad más concreta, más humana, no sé si cabe. Pensar en nuestra relación con Dios

⁵ Las expresiones son extraídas de González (1986: 220) y del testimonio de la pastora Quintero, respectivamente.

pero también pensar en el hombre y sus necesidades, en su redención (Asamblea de Dios).

En distintas iglesias, e incluso en congregaciones al interior de una misma denominación, se observan diferencias relacionadas con el tipo de énfasis en la celebración del culto. Si bien aparecen al unísono, lógicamente, elementos que son propios de la doctrina y la liturgia, se ha podido determinar la coexistencia de tres estilos principales atendiendo a lo esencial que los distingue y les da coherencia: los cultos de arrepentimiento (en los que se dedica la mayor parte del tiempo a insistir en librarse del pecado y apartarse de lo mundano), los cultos de sanidad (cuyo núcleo se concentra en los actos de sanidad divina)⁶ y los cultos de inserción social (que en su dirección tienden a apoyar y animar conductas no evasivas de compromisos y responsabilidades sociales). El literalismo bíblico y rasgos emocionales extremos (unidos a la desestimulación o disociación de actividades participativas) son rasgos más propios de los dos primeros tipos aludidos.

Las diferencias marcan la manera de interpretar aspectos doctrinales o de establecer las relaciones con el mundo (sociedad). Algunas iglesias y congregaciones se caracterizan por introversiones, moralismos estrictos, fundamentalismo absoluto, fuerte actividad de captación y actitudes sectarias. En otro extremo se encuentran aquellas con conductas de integración a organizaciones ecuménicas, estimuladoras de lecturas de los textos bíblicos que rompen con viejas ortodoxias, que buscan la armonización de la ética individual y la social y se distinguen por el servicio a la comunidad, la búsqueda de nuevos modelos de misión y la preocupación por la preparación teológica inspirada en su estilo de fe.

Un creyente pentecostal lo expresa de la siguiente manera: “El mundo en que vivimos está lleno de males, de pecados. El único modo de salvarte es renunciar a todo y aceptar el perdón y amor a Dios”. Tal actitud de renuncia y alejamiento contrasta con otro testimonio:

Soy pentecostal de pura cepa, nací y crecí en esta iglesia. Soy ecuménico, detesto el espíritu sectario. Parto de que el pentecostal tiene su base en la Biblia y en una experiencia que lleva a vivir una vida abundante no para uno mismo sino para los demás. Se manifiesta en el servicio, da sentido a la vida. No desarraiga del medio, no, todo lo contrario, te hace sensible a lo

⁶ En otras congregaciones, el comportamiento no es exactamente ese, lo que no implica que el don de la sanidad divina deje de expresarse. Los relatos referidos a curas de diversas dolencias producen impacto en la comunidad religiosa y a nivel social.

que te rodea. A Dios no se le puede restringir ni al Espíritu se le puede encasillar, porque tiene muchas formas de manifestarse y comunicarse con nosotros.

Las declaraciones anteriores forman parte de un amplio registro de discursos con variantes que se colocan en extremos opuestos. Veamos otros ejemplos⁷.

Más tradicional	Orientado al cambio
“Sólo salva la fe”	“La fe nos salva pero es necesario mostrarla con acciones que muestren nuestro servicio a Dios”
“Quien se mezcla en asuntos mundanos es un pecador”	“Vivimos en una sociedad. Si estamos de espaldas a ella, ¿qué clase de cristianos somos?”
“Los que se pierden en la sociedad van perdiendo también su auténtica espiritualidad. Van contra la obediencia y la vida de santidad”	“Santidad es el compromiso por transformar, no corromperse y ser capaz de ayudar a los cambios de personas y situaciones. Es llevar la misión cristiana integralmente”
“No queremos más que oír la Palabra de Dios”	“Escuchar y leer la Palabra de Dios. En ella vemos que Jesús se relacionó con todos y especialmente con los más humildes que lo necesitaban”

Al partir de la misma doctrina no siempre ni necesariamente se trata de afirmaciones excluyentes. Sin embargo, sus énfasis revelan cambios (u orientación al cambio), así como tensiones al interior del pentecostalismo.

EL CRECIMIENTO PENTECOSTAL Y SUS PECULIARIDADES EN LA ISLA

Para 1980 todos los pentecostales juntos –25 iglesias– se estimaban en sólo unos 15 mil miembros. Las mayores iglesias, la Evangélica Pentecostal o Asamblea de Dios, fundada en Cuba en los años treinta, y la Cristiana Pentecostal, surgida del desprendimiento de la primera en 1956, aglutinaban 5 mil y 3 mil miembros, respectivamente, aunque con representación en todo el territorio nacional. Otras, muy pequeñas, se circunscribían a trabajar en una localidad.

Siempre es difícil hablar de cifras y todavía más pretender que sean exactas, pero las aproximaciones empíricas conducen a estimar unos 400 mil feligreses en el protestantismo cubano tradicional y tardío, o, lo que es igual, un 3% de la población –que llegaría a 4% con los sim-

⁷ Todas las referencias a los discursos de creyentes corresponden a testimonios recogidos por la autora y colaboradores durante los años 1997-2000.

patizantes–, que asisten a cultos de este tipo. De ellos, la tercera parte son pentecostales. Los datos expuestos revelan el despunte más significativo de la fe evangélica en la Isla desde su introducción a fines del siglo XIX. Existen iglesias del pentecostalismo con feligresías ya mayores a 30 mil. También organizaciones eclesíásticas protestantes no pentecostales, como los Adventistas del Séptimo Día, han crecido a buen ritmo.

Cuba no compartió la explosión pentecostal del continente en los setenta y, aunque hoy, en números absolutos, el pentecostalismo cubano muestra un aumento, además de que todo indica que se trata de denominaciones proclives a crecer, no estamos ante un fenómeno de extensión y significado comparables –sin disminuir en un ápice su importancia– a la magnitud que ha alcanzado en el resto del área latinoamericana y caribeña, ni a las formas de religiosidad tradicionalmente más típicas de la población cubana.

La consideración objetiva de su distancia respecto de la explosión en otras regiones y de algunas de sus características (así como subrayamos que también hay elementos comunes) se avala no sólo en los informes numéricos. No pueden soslayarse, de un lado, el fenómeno socioeconómico y cultural que ha ocurrido en nuestro país y sus efectos en la ciudadanía al elevar los índices de educación y salud y otros indicadores importantes, con sus consiguientes influencias también en el sector de los creyentes frente a realidades dramáticas en el resto del mundo subdesarrollado. La sociedad cubana no es la misma, ni podría serlo, después de esa experiencia con relación a lo que era antes de 1959. De otro lado, en el campo estrictamente religioso, es necesario insistir en la fortaleza siempre presente de formas de expresar creencias y prácticas en el ámbito nacional que se manifiestan con impulso renovado. Es cierto que, en particular, el pentecostalismo ha repercutido con potencia en la población, pero esta verdad no debe considerarse en términos absolutos si no se desea caer en exageraciones que conducirían a falsear o distorsionar el fenómeno.

Contemporáneamente, si bien han crecido los pentecostales, el avivamiento ha sido común para todas las vertientes del protestantismo (históricas y tardías) y para todas las formas organizadas, destacándose, por ejemplo, la santería y el espiritismo, muy difíciles de contabilizar. También se ha constatado, y en algunos casos contabilizado, el incremento de la asistencia a las celebraciones más concurridas, las que tipifican la religiosidad cubana: San Lázaro, La Merced, la Caridad, Santa Bárbara⁸.

8 Por ejemplo, cada año acuden masivamente creyentes al Santuario El Rincón, donde se devociona a San Lázaro, especialmente el día de su festividad, el 17 de diciembre. En 1985 la asistencia estimada entre el 16 y el 17 fue de 50.488 personas. La cifra fue creciendo. En 1989 era de 79.972, en 1990 de 86.777 y se mantuvo hasta fines de los noventa, con oscilaciones, siempre por encima de los 60 mil. En 1993 y 1994 superó los 90 mil en los

El reavivamiento de todo el escenario religioso cubano⁹ ha llegado de manera concomitante con el desarrollo de un proceso de rectificación de errores y, luego, con el comienzo del *período especial*. La sociología cubana ha dado pasos en la explicación e interpretación del proceso vivido, que, pese a todas sus contradicciones y errores, presenta una alternativa desde el Tercer Mundo y que aun en medio de una situación compleja de reajuste económico ha tratado de reducir los costos sociales y preservar derechos esenciales. La crisis sufrida por factores externos e internos y los cambios necesariamente realizados han provocado efectos económicos y sociales de diverso tipo que también alcanzan, por supuesto, a la subjetividad social del cubano, diversificando las representaciones colectivas y presentando cambios de percepciones¹⁰.

Las organizaciones eclesíásticas, con independencia de la autonomía reconocida de lo religioso, encuentran margen para ampliar funciones reguladoras en medio de las estrategias cotidianas para enfrentar la crisis, haciendo aportes en la esfera de la espiritualidad y satisfaciendo búsquedas de sentidos en un sector de la ciudadanía. En general, se ha ampliado el espacio de la religión y, al igual que se multiplican otras relaciones, también este espacio se diversifica. Hay iglesias que se renuevan o no, algunas asumen papeles significativos de contribución en el ámbito social. Cambios en la manera de enfocar el aspecto religioso y una mayor apertura al exterior son nuevas influencias que se introducen y reproducen efectos.

En la expansión del espacio religioso, y en particular del pentecostalismo, ha desempeñado un papel destacado la búsqueda de recursos compensatorios. Con frecuencia, los creyentes resaltan las perspectivas de salvación y protección producidas por el encuentro con Dios. Utilizan términos que expresan transformaciones operadas en sus vidas y sentimientos de seguridad. Un sector de la población encuentra en lo religioso una manera de sentirse seguro, protegido. A menudo los testimonios de creyentes aluden a su recuperación y no faltan iglesias que ofertan solución en estos términos. Pero en la heterogeneidad pentecostal están, además, aquellos creyentes que se manifiestan sin reducciones a lo subjetivo, que unidos al apoyo espiritual contextualizan sus creencias (como algo inseparable) y plantean la necesidad del trabajo creador y la participación de los cristianos en el avance de la sociedad en que viven para mejorarla en espera del Reino.

momentos más difíciles. Los datos corresponden a informes de Observación del culto a San Lázaro del Departamento de Estudios Sociorreligiosos, La Habana.

9 Al respecto, consultar el trabajo de Ramírez Calzadilla et al. (1999).

10 Godelier destaca a las representaciones como parte constitutiva de las relaciones sociales con funciones de presentar en el pensamiento una realidad concreta o imaginaria, relacionar unas con otras, organizar las relaciones de los hombres entre ellos y con la naturaleza y legitimarlas. Son formas de producir sentidos (Godelier, 1984).

Junto a los factores económicos, han influido en el crecimiento mencionado el tratamiento más despreciado de lo religioso y la distancia respecto de anteriores actitudes y conductas públicamente notorias de rechazo al proceso por parte de jerarquías que luego abandonaron la Isla. Pero también, el entorno externo y métodos de evangelismo al que no estamos inmunes.

Como ya anunciamos, en este proceso todo indica que desempeñan un rol de suma importancia, aunque suele ser rechazado por la gran mayoría de los dirigentes de culto pentecostales, los elementos de tipo simbólico que acercan el pentecostalismo a expresiones populares como el espiritismo, el Palo Monte, la santería y la religiosidad más extendida en la sociedad cubana. Las zonas de contacto se verifican en la presencia de trances, el hablar en lenguas extrañas, las visiones, las curaciones milagrosas, las profecías, la fuerza de las palabras y gestos, el poder de la ceremonia religiosa y la relación con lo sobrenatural, más personal-sensorial que conceptualizada.

Existe una movilidad hacia congregaciones pentecostales –comprobada en numerosas entrevistas– de creyentes que declararon haber sido con anterioridad practicantes del espiritismo, la santería o el Palo Monte (Romero, 1995: 67-69)¹¹. Varios de los entrevistados en un estudio acerca de las casas culto protestantes, escogidos al azar, provenían de centros espiritistas y de expresiones de ascendencia africana (Cárdenas, 1999). Dar la espalda a esta realidad es eludir la comprensión de un fenómeno que establece relaciones entre los símbolos de diferentes formas de religiosidad. En lo teórico abre pistas novedosas de estudio. El pentecostalismo se ha nutrido, además, de protestantes reconvertidos, católicos y personas sin membresía anterior.

En la última década ha tenido lugar la migración acentuada de personas provenientes de regiones del interior del país, a menudo de zonas rurales, buscando en la capital nuevas oportunidades y alternativas. Entre ellos, un sector ha engrosado el pentecostalismo. Líderes consultados al respecto aseguran que existen congregaciones en la ciudad con un 80% de este componente, los que declaran encontrar en ellas una relación religiosa adecuada a su adaptación al nuevo medio. Portan creencias típicas del campo y necesariamente se genera una doble influencia.

El proceso paulatino de crecimiento de las feligresías de denominaciones evangélicas ha estado acompañado por la creación de casas culto, locales habilitados para realizar actividades religiosas enlazadas a sus respectivas iglesias fundadoras. Líderes pentecostales mostraron

11 Ver también testimonios recogidos por Fariñas y la autora.

especial interés por la aprobación de esa nueva estructura eclesial¹². No han sido los únicos favorecidos por la medida, pero todo indica que han sido de los más beneficiados.

En cierta forma, las casas culto guardan una similitud con formas tradicionales de crecimiento a través del llamado *church planting*, esto es, el levantamiento de pequeñas misiones en las regiones de más difícil acceso o marginadas. El número de las que están en funcionamiento es ambiguo debido a que se trata de un proceso aún en marcha. De hecho, se puede asegurar que ha constituido una de las más importantes posibilidades de ampliación del espacio de las religiones evangélicas, nutridas de una nueva estructura en lo eclesiástico.

En resumen, el incremento ha sido notable en dos direcciones. En primer lugar, si establecemos una relación con etapas anteriores; en segundo lugar, si consideramos que se ha elevado la proporción e influencia de estas iglesias al interior de todo el espacio evangélico nacional.

LAS INFLUENCIAS ENTRE PENTECOSTALISMO Y EXPRESIONES DEL PROTESTANTISMO TRADICIONAL

En el protestantismo tradicional posterior a 1959 apareció una bifurcación que distinguía un sector que continuaba ligado a formas tradicionales heredadas de las iglesias *madres* norteamericanas; otro grupo, de tendencia carismática, con mucha expresividad en el culto y una prédica que sublimaba la alianza con Cristo como única vía de salvación; y, finalmente, un segmento de renovación (no carismática), de proyecciones ecuménicas, que apelaba a cambios litúrgicos, acercamiento a la cultura nacional y compromiso social, entre otros aspectos.

Este modelo (tradicional, renovador y carismático) había madurado a fines de los años ochenta y comienzos de los noventa, cuando era predominante el sector intermedio o renovador no carismático, que abarcaba 63% de las congregaciones del protestantismo histórico (Berges et al., 1991).

Los pastores que compartían esa línea habían emprendido transformaciones o consideraban su necesidad. Respetaban la potencialidad del pentecostalismo con su culto más dinámico, activo y participativo, y sus mayores espacios para la música y el empleo de instrumentos típicos nacionales. Dichos pastores incorporaron nuevos elementos. Poco a poco, sin dejar de lado principios doctrinales esenciales, apareció una liturgia con más movimiento y colorido. Como tónica general, este aspecto de las variaciones tenía su correspondencia con posiciones en lo teológico y en proyecciones sociales constructivas.

12 En su intervención en la provincia de Camagüey, durante la Celebración Evangélica Nacional Cubana, el presidente de la Evangélica Pentecostal dio públicamente gracias al Señor por las Casas Culto.

En el transcurso de la última década el citado modelo sufrió variaciones en medio del crecimiento de feligresías debido a una relativa expansión de manifestaciones carismáticas. También, a causa de procesos de *restauración* en iglesias que habían avanzado notablemente y que volvieron a viejas normas anglosajonas argumentando, en ocasiones, la oposición a la introducción del carismatismo que consideraban base de conflictos. Desde luego, intervinieron otros factores de suma importancia vinculados a las respuestas de instituciones cristianas frente a acontecimientos de connotación nacional e internacional (Berges, 1999).

Pero a los efectos de este trabajo lo que nos interesa remarcar es que se ha producido una influencia que ha sido fructífera y recíproca entre el protestantismo nacional y el pentecostalismo, que no ha sido menguada. Tiene que ver con la liturgia y el aporte pentecostal a una renovación no carismática. La creatividad desplegada en las congregaciones actuó sensiblemente.

En la actualidad la influencia pentecostal se advierte en el resto del mundo evangélico, favorecida tanto por el incremento numérico como por la expansión de contenidos de su estilo, su música alegre y contagiosa que incorpora estribillos populares, palmadas y exclamaciones que estimulan al colectivo.

Un ejemplo nítido fue la Celebración Evangélica Cubana en 1999, representativa del interés por la unidad en denominaciones protestantes con independencia de liturgias, doctrinas o concepciones y de divergencias que subsisten. Esta fiesta evangélica nacional permitió apreciar que el equilibrio de diferentes formas de adoración tendió más a lo específicamente pentecostal: coritos, manos alzadas y estados de éxtasis. En cambio, aspectos negativos que traen consigo manifestaciones carismáticas extremas no se evidenciaron.

A su vez, grupos de pentecostales han participado en nuevas formas reflexivas en el estudio de los textos bíblicos y en talleres y seminarios organizados por los sectores más avanzados de las iglesias protestantes –con representación puntual de católicos– que abrieron pautas para el vínculo de su fe con el acontecer social. No ha sido una tarea fácil y ha requerido de voluntad de creación con el objetivo de redescubrir la relación con la sociedad a partir de un lenguaje propio. Esos encuentros han tenido lugar preferentemente al calor del movimiento ecuménico convertido en el espacio natural de intercambios nacionales e internacionales. A sus méritos se agrega el abrir cauces para que se encontraran dos vertientes del protestantismo, el histórico o tradicional y el pentecostalismo, que habían transitado, hasta cierto punto, vidas ajenas. Unos y otros podían aprender, sin copiar recetas de un lado o del otro, en el sano intercambio. A partir de 1970 nuevas

iglesias pentecostales se sumaron al ecumenismo y, en la actualidad, de 22 iglesias miembros plenos del Consejo de Iglesias de Cuba, 10 son pentecostales. También participan en el Movimiento Estudiantil Cristiano, donde han alcanzado niveles máximos de dirección, y en otras experiencias similares. Tal presencia pentecostal en el ecumenismo es, que conozcamos, única en América Latina. No sólo ha favorecido el diálogo con los demás sectores evangélicos, sino que ha abierto cauces para una mejor relación interpentecostal. Cincuenta y cuatro líderes se agruparon por vez primera, durante 1989, para un Encuentro Nacional de Diálogo. En 1997 se produjo el Encuentro Nacional Pentecostal de Cuba y, un año después, La Habana fue la sede de la reunión de Latinoamérica. Estos datos no son simples narraciones y deben ganar en convocatoria por lo fecundo del progresivo derrumbe de obstáculos en la organización de espacios de reflexión y análisis, mucho más cuando en sentido contrario se mueven corrientes que intentan estimular posiciones espiritualistas enajenantes.

Investigaciones realizadas sobre el protestantismo cubano nos han permitido comprobar la hipótesis planteada por Christian Lalive D'Epinay acerca de que el nivel educacional y teológico influye sobre el espíritu ecuménico (Lalive D'Epinay, 1968). Como regla general, por supuesto, con sus excepciones, los pastores del protestantismo histórico más preparados en esos aspectos han mostrado mayor disposición a la unión interdenominacional, a la creación de congregaciones abiertas al intercambio, al diálogo con la sociedad y la renovación de tradicionalismos. El intercambio con una buena cantidad de líderes pentecostales aliados al ecumenismo y la constatación de su nivel educacional, su grado de superación teológica y sus perspectivas de enriquecimiento sustentan la extensión de ese postulado.

LA PARTICULARIDAD DE LA LLAMADA RENOVACIÓN CARISMÁTICA EN EL ESPÍRITU SANTO

En los setenta ya se verificaba en congregaciones metodistas la experiencia del *perfume divino*, un aroma que invadía y anunciaba la presencia del Espíritu Santo. Luego aparecieron el Tizón (la persona es bendecida en estado de excitación y cae, generalmente, hacia atrás) y las campañas de sanidad.

Desde 1985 se advertía claramente la presencia de cultos de corte filopentecostal o de búsqueda en los que se incluían metodistas y también bautistas de la zona oriental. Sus líderes se destacaban por formas expresivas religiosas fuera de los cánones tradicionales característicos y por mensajes conductuales evasivos. Los metodistas expresaban que trataban de traer a sus comunidades la experiencia de la iglesia del siglo I, rica en dones y carismas, legitimando fenómenos que para ellos

eran nuevos: sanidad, profecía o glosolalia. Por tal motivo prefieren la palabra avivamiento, en alusión a revivir algo ya existente.

Todo indica que contribuyó al proceso la entrada de pastores pentecostales al metodismo, o sin la preparación denominacional necesaria, aceptados para ocupar puestos en templos sin dirección, luego de las salidas masivas de líderes y feligresías. Otro factor que no puede menospreciarse es el contacto con el evangelismo masivo y el tele-evangelismo por la vía directa, personal (salidas al exterior, visitantes), o a través de cassettes y videos.

En el entorno regional se daba la Renovación en el Espíritu en iglesias históricas, que –se afirma– llegó a la Iglesia Católica en 1967.

La respuesta a por qué el carisma ha prendido entre metodistas y bautistas cubanos parece sustentarse, en nuestra apreciación, en los orígenes históricos del surgimiento del pentecostalismo en Estados Unidos, que encontró plataforma en esos grupos.

Los metodistas son *avivadores*, aunque en la Isla se mostraron siempre en una línea tradicional y también ecuménica. Hoy conviven en esta iglesia grupos tradicionales, renovados carismáticos y renovados no carismáticos. Lo mismo ocurre entre bautistas de la zona oriental, quienes presentan más proclividad que el resto de los bautistas (los de occidente eluden por completo el fenómeno), si tenemos en cuenta que fueron el fruto de las misiones a Cuba de congregaciones del sur norteamericano –donde prendió el avivamiento pentecostal. Aquí se acercaron mucho más a las zonas campesinas y es de presumir que, así, se aproximaron a otras formas de creer presentes en estos lugares y a sus símbolos correspondientes.

Rápidamente se expresaron críticas en los medios eclesiásticos por la explosión de carismas en iglesias históricas y también entre pentecostales que causaban desgarramientos y confusión en las comunidades religiosas y a escala social. Además, por su uso como recurso para atraer personas y evadir responsabilidades ciudadanas. Se establecían diferencias respecto de las comunidades pentecostales donde los carismas eran una manifestación normal de su fe, sin caer en extremos, influencias y mimetismos de fenómenos procedentes de otros contextos.

Los últimos años han permitido observar cómo se ha reforzado esa influencia. En los noventa ya aparecía, de forma más definida, la llamada renovación carismática en el Espíritu Santo. Entre metodistas se asimila el fenómeno desde su propia dirección institucional (aunque sigue coexistiendo con líderes que lo rechazan o que lo adoptan con moderación). Lo mismo ocurre entre pentecostales.

La renovación carismática en el Espíritu Santo, todavía minoritaria, distorsiona manifestaciones doctrinales propias de lo genuinamente pentecostal, llevando adelante la práctica explosiva de dones, con

preferencia la sanidad divina. Se apropia de elementos que le llegan por diversos medios, incluidas las emisoras extranjeras, y que en muchas ocasiones son estimulados desde el púlpito (el vómito santo, la risa santa, llantos y la expulsión de demonios como elementos de restauración personal). Los extremos provocaron que la Asamblea de Dios, que se caracteriza por posiciones mesuradas, discretas, nombrara una comisión para analizar esos *vientos doctrinales*.

Con frecuencia se aprecian tendencias hacia cultos que hacen énfasis en lo diabólico, por la insistencia en reprenderlo en lugar de centrarse en Dios o en el mensaje bíblico de esperanza. Esta Renovación en el Espíritu Santo no tiene formas ni doctrinas precisas. No genera organizaciones eclesíásticas, sino que influye en otras en sentido horizontal. De hecho, las personalidades *carismáticas* directivas parecen contar con un escaso sentido de lo eclesiológico. Estos cultos dejan de lado las reflexiones teológicas; la atención queda atrapada más en la experiencia y lo que es atrayente a los sentidos; se absolutizan emociones con propuestas de alejamiento de la sociedad, corroyendo la participación comunitaria.

Las comunidades religiosas que participan de esta *renovación* se muestran ensimismadas, inclinadas a lo estrictamente religioso y al alejamiento del mundo o la devaluación del espacio temporal, bloqueando el trabajo diaconal. No se trata de que la entrada a una organización haya sido positiva en sus vidas, sino que la adhesión se asocia con cambios radicales, hiperbolizando la búsqueda espiritual frente a lo profano y pronunciándose más a la salvación escatológica que hace inútil cualquier compromiso histórico. La renovación carismática en el Espíritu Santo es una dimensión diferente del pentecostalismo, al menos en el caso cubano.

Dirigentes de culto (desde casas culto e iglesias) enfatizan en “los torbellinos de la destrucción”, en huir de las “cataratas de la sensualidad” y de las “cascadas de la envidia” que amenazan el mundo en que vivimos, y en sostenerse en Cristo, donde sólo hay esperanza y futuro¹³. El contenido aislacionista y fatalista de esas comunicaciones busca sólo el acopio de emociones religiosas.

Por lo general, en el espacio eclesíástico protestante este tipo de carisma se considera de influencia negativa, y existen preocupaciones por la proclividad a la manipulación de sentimientos en una población que ha experimentado cargas de tensiones y presiones debido a los cambios ocurridos en la sociedad y en las vidas, y que llega a los templos con incertidumbres, buscando el aporte de sentidos.

Metodistas entrevistados respaldan la necesidad de que no se pierda el equilibrio y se conserve la tradición avivadora típica, pero con la

13 Suelos de propaganda distribuidos de manera informal en ciudad de La Habana.

necesaria reflexión teológica que es vital en estos grupos. Mujeres y hombres pentecostales, a su vez, hablan de posiciones oportunistas que manipulan emociones, uso de mala literatura y excesos sin fundamento.

Los procesos que se verifican provocan reacomodos de feligresías de una iglesia a la otra, especialmente en virtud del tipo de mensaje y liturgia que se preferencia.

Las lógicas se articulan con una lectura de lo social que tiene efectos en la subjetividad, las representaciones individuales y colectivas y las percepciones, y que permite a la investigación mostrar especificidades de lo religioso fuera de lecturas generalizadoras o monolíticas.

RASGOS CONTEMPORÁNEOS Y PROYECCIONES

El pentecostalismo cubano ha experimentado en la última década un proceso de expansión de miembros de fila, influencia sobre otras denominaciones y crecimiento de expectativas. La profundización de conflictos entre un polo ortodoxo, fundamentalista y conservador y otro renovador, que se aleja de esa herencia y se involucra, con inspiración en la fe cristiana, en acciones sociales, se nos presenta hoy en plena efervescencia.

Aun cuando los procesos de renovación son minoritarios, el hecho de que existan rompe el estereotipo de que el pentecostalismo es necesariamente fundamentalista, espiritualista y literalista. Contradicciones no han faltado ni faltan en la paulatina expansión que para algunos pentecostales implica aceptar que, si no son del mundo, viven en el mundo y la responsabilidad social no contradice la vivencia de la fe. Las divergencias mayores transitan precisamente por las opciones sociales.

En los cambios se aprecia la intervención de numerosos factores: los acontecimientos nacionales desde 1959 así como la propia historia de las denominaciones por separado. Las que tuvieron su origen en la Isla y las que se dividieron por contradicciones con jerarquías foráneas tienden a ser más abiertas. En las que han alcanzado mayor grado de autonomía, y en las de mayor incorporación al ecumenismo, es de presumir que estén los cimientos de movimientos más profundos.

Otros aspectos destacables derivan de la diversificación y ampliación de la base social de las congregaciones, particularmente en los últimos tiempos. Además, se destaca la presencia de un nivel educacional y cultural sin precedentes que favorece enfoques novedosos de los problemas y perspectivas de su iglesia y del entorno (se afirma que Cuba tiene el contingente pentecostal de más alta preparación en América Latina).

Una encuesta aplicada recientemente en siete congregaciones de cuatro denominaciones pentecostales reveló que el 72% de la muestra,

obtenida de manera aleatoria, tenía una escolaridad de nivel medio superior o alto (sólo el 5,2% presentaba únicamente nivel primario). Los trabajadores ascendían a más del 60%, incluidos médicos, enfermeras, ingenieros, profesores y maestros. Esto confirma que el creyente de fila va dejando de ser un individuo poco preparado (consecuencia lógica del avance educacional que ha tenido lugar en el país).

El crecimiento experimentado en los noventa nutrió a las congregaciones de un componente que ha aportado al desarrollo de las instituciones. Debe tenerse en cuenta el salto de membresías experimentado en los últimos 15 años. Al analizar los resultados de la encuesta, sobresalió que el 78% del total eran nuevos convertidos y, de ellos, el 60% eran menores de 40 años. Así, resultan iglesias de aceptación por jóvenes y no tan jóvenes en plena capacidad de desempeño¹⁴.

Las tensiones en el interior de denominaciones (y congregaciones) se orientan a efectuar cambios estructurales, doctrinales, litúrgicos, de liderazgo y de las rígidas normas ético-morales que actúan con distinto nivel de intensidad.

Nuevas concepciones destacan un enfoque teológico que rompe con afirmaciones consideradas, dentro de la ortodoxia pentecostal, de indiscutible veracidad. Nos referimos, en especial, a aceptar literalmente la explicación creacionista contenida en el Génesis. También a pasajes del Éxodo –algunos de los cuales remarcan el temor a Dios para quien comete pecados– y la estricta obediencia.

Se alzan voces que defienden que *leer la Biblia es analizarla, escudriñarla*, frente a los que sostienen que *todo lo que está en ella pasará, ahí está la respuesta exacta*.

En cuanto a la concepción premilenarista, que se mantiene doctrinalmente, las modulaciones interpretan que el segundo advenimiento de Cristo es un suceso que no va a ocurrir de inmediato. Mientras, hay que luchar por la sociedad, por su mejoría. La espera del advenimiento de Cristo no puede ser argumento –sostienen– para posiciones ni enajenadas del medio, ni evasivas de compromisos sociales. Los que así lo entienden no perciben tampoco que constituya contradicción alguna con su fe el considerar que Cuba sigue siendo una alternativa para el Tercer Mundo y que puede ser posible una salida a la crisis. Los pastores, desde la instalación del pentecostalismo, han insistido (y aún es

14 La encuesta formó parte complementaria de un estudio realizado por la autora (Berges, 2001). En otro anterior, a fines de los ochenta, y tomando como base la relación de 6 mil miembros de 24 denominaciones pentecostales, se concluía que la mayor parte no estaba vinculada a la actividad laboral (71%), destacándose las amas de casa y los jubilados (Fariñas y Díaz, 1989). Aunque las muestras no eran iguales, el acercamiento previo, en diferentes momentos, que se ha tenido con estas comunidades, nos permite apuntar que las diferencias revelan un rango muy próximo a lo que en realidad ocurre.

una perspectiva generalizada) en que lo esencial es prepararse espiritualmente para el acontecimiento de la parusía (advenimiento glorioso de Jesucristo al fin de los tiempos).

Ocurren separaciones de posiciones absolutistas del discurso cristiano más conservador –no sólo pentecostal– que polariza el conflicto cultural contemporáneo en el enfrentamiento de la eticidad bíblica (portadora de la verdad) con el humanismo secularista (causa de la degeneración moral y social del mundo).

El mensaje es decisivo en las iglesias. Unos mantienen un rígido fundamentalismo, inflexibilidad en las normas, ninguna alusión a compromisos terrenales sino a mantener la distancia entre lo espiritual y la salvación del alma frente a lo mundano (o pecaminoso), exigencia postulada por los sectores teológica y socialmente más conservadores. Si hacen referencia a lo temporal, es en sentido negativo. Otros se abren a lecturas de la Biblia, a la profundización de las enseñanzas cristianas y a un campo de relaciones con otros grupos religiosos, la comunidad y el país. Todo indica que son los grupos conservadores, con mayor o menor nivel de agresividad en prácticas y creencias con exaltación de la vivencia religiosa, los que predominan. En la aceptación de uno u otro modelo se ubican los cambios de congregación que muchas personas nos refieren al hablar de creyentes *intermitentes*. Habitualmente, en el lenguaje internacional se llama *buscadores* a los que transitan, con rasgos similares, de una a otra comunidad.

Otro aspecto a destacar son los énfasis éticos morales: la iglesia tradicional mantenía, y aún no han desaparecido absolutamente, normas cuya violación era considerada pecaminosa. Las mujeres debían vestir de largo, no podían cortarse el cabello, que se usaba recogido en la parte superior de la cabeza, y se prohibía el uso de pantalones, cosméticos y adornos. Para todos, *mundano* era ir al cine, la plaza, un baile o asistir a otras actividades similares. El divorcio impedía el acceso al liderazgo.

Históricamente la mujer ha sido un segmento discriminado en las direcciones eclesiásticas. A pesar de ser siempre mayoría, las mujeres han ocupado especialmente cargos de servicio, de diaconisa, en Educación Cristiana, en las finanzas o, lógicamente, en el Departamento de Mujeres. Según un estudio, en un lapso de 60 años, sólo tres mujeres han sido presidentas de obras, contando todas las iglesias pentecostales del país (Tabares, 2000: 98). De hecho, hay mujeres pastoras, pero no es usual, y también, excepcionalmente, pastoras ordenadas. La ordenación implica la posibilidad de officiar en las ceremonias: bautizar, casar, dar la Santa Cena. La subordinación de la mujer es una lógica que se reproduce y en la que las variaciones son muy lentas.

Lo formativo es otro aspecto que se une a las variaciones. El aumento de la cultura general ha acrecentado el interés por profun-

dizar estudios bíblicos y teológicos. Cuentan para ello con el Sistema de Estudios Dirigidos, de la Asamblea de Dios, con la participación de treinta denominaciones, pentecostales o no, y con los cursos de Educación Pastoral del Centro Memorial Martin Luther King Jr. El Instituto de Estudios Bíblicos y Teológicos, adscrito al Consejo de Iglesias de Cuba, ha acogido a un nutrido grupo de estudiantes de distintas iglesias pentecostales, y el Seminario de Matanzas, de tradición teológica reformada, ya ha graduado a un buen número. Esto los coloca en mejores condiciones de enfocar las perspectivas de su escenario cultural y del medio en que están insertos.

El liderazgo nacional, extendido en los años sesenta a todas las iglesias con las salidas de los misioneros y profesores extranjeros de los Institutos Bíblicos, no tenía en su mayoría una especial instrucción. La relativa formación doctrinal y teológica dio cauce a las *iniciativas personales*. Por lo tanto, y junto a ello, a diferenciaciones en la producción religiosa, remarcadas en las interpretaciones de las Escrituras y el ejercicio de las funciones eclesiales. Aún se verifica el predominio de los carismas individuales sobre el conocimiento, sin que esto quiera decir que no exista el liderazgo en que la instrucción secular y la religiosa alcancen categorías altas. Por lo general, esto ayuda al diálogo.

Las diferencias en las proyecciones del pentecostalismo atraviesan al movimiento en su conjunto. La siguiente escala intenta ubicar las posiciones de manera más gráfica.

- Alejamiento del mundo (sociedad), fuente de perversión y pecado. Fuerte distinción de lo sagrado y lo profano (en la terminología de Durkheim). Concentración en lo espiritual y la salvación del alma. Nuestro Reino no es de aquí y es en el Reino donde está nuestra suprema aspiración. La iglesia es el único espacio seguro. Moralismo riguroso. Indiferencia o reacción ante lo social.
- Falta de compromiso aparente con la sociedad. Se testimonia la contaminación con el mundo, pero se trabaja en el rescate de jóvenes con problemas de conducta y con alcohólicos que son reincorporados al estudio o el trabajo. Aun cuando estas conductas negativas fueran modificadas con el fin de ganar adeptos, el efecto en cuanto a saneamiento social es positivo.
- Reducción de lo subjetivo intimista. Como creyentes se dice que el futuro está en manos de Dios, pero independientemente se admite la lucha por el presente y el futuro con esperanzas de mejoramiento. Paulatino desplazamiento hacia una ética que regule una conducta social no evasiva ni individualista.

- Ruptura de esquemas. Enriquecimiento del testimonio de lo que significa la fe a través del servicio a otros (no sólo el hermano de la iglesia) como deber cristiano. Desborde del espacio sacralizado. Dios no sólo está en el templo sino en todo el mundo (el concepto de mundo habitado es sinónimo de ecumenismo). Incorporación de formas analíticas de pensamiento. Contextualización de las creencias. Proyección hacia el accionar social transformativo y creador. Crítica a los que hacen de la iglesia un *islote* y separan al cristiano del compromiso histórico-social. Concepto de justicia social con todas sus connotaciones. *Cuba es un mundo de justicia para creyentes y no creyentes*. Reconocimiento de los beneficios recibidos como ciudadanos. *Debemos reciprocarnos sirviendo mejor a Dios y dando un testimonio eficiente en nuestro medio*.

Usualmente se admite que las posiciones conservadoras en materia religiosa se acompañan de similares posiciones en lo social, según se manifiesta en otros lugares del mundo. En Cuba encontramos que este no es un rasgo absolutamente común. Durante la Celebración Evangélica Nacional Cubana, el superintendente de la Asamblea de Dios, iglesia de corte tradicionalista y no ecuménica, puso públicamente en evidencia las grietas del fundamentalismo bíblico. En su sermón en la provincia de Camagüey, reconoció que en la parábola bíblica de Cristo y la samaritana estaban presentes conflictos sociales, de clase y hasta de género, es decir, extrarreligiosos. Apeló, en la práctica, a un análisis contextualizado del texto que no es característico. Ello no impide que existan posturas donde el conservadurismo religioso exprese no sólo un tipo de doctrina pura, sino también posiciones de rechazo a la sociedad y su proyecto.

Desde otro acercamiento, a partir de los procesos subjetivos que surgen de las problemáticas de los individuos, se ha planteado que la conversión pentecostal significa la salida de un mundo para construir otro que no es mero refugio (Palma y Villela, 1991). Esta acepción había sido connotada por Lalive D'Épinay en su clásica obra *El refugio de las masas*, un estudio del pentecostalismo en Chile (Lalive D'Épinay, 1968).

No se trata de salir de la sociedad o de la realidad –por no factible–, sino de desarrollar un modo subjetivo en que el individuo se ve a sí mismo en un contexto, y experimenta una manera de orientarse y referirse a él. Según el autor, es una forma de representar una imagen o visión del *mundo*, no es la realidad como tal sino la representación que se tiene y el modo de posesionarse de ella.

A su vez, Schafer introduce su interpretación del concepto “espacio vital”: conjunto de condiciones sociales y personales de vida, incluyendo las percepciones de estas por un grupo en un determinado contexto. Abarca las condiciones de vida tanto materiales como sim-

bólicas de los actores sociales. No es el mundo en su totalidad objetiva, sino en cuanto personas y grupos lo experimenten relevante para sí mismos (Schafer, 1996: 2).

Siguiendo hasta cierto punto el enunciado de Palma y Villela (1991), sobre todo el planteamiento de partida, a nuestro modo de ver el movimiento de personas hacia las congregaciones pentecostales en la Isla y su consiguiente crecimiento no derivan siempre o necesariamente ni de una reacción de *salida* del medio social, ni de la búsqueda de un titulado espacio alternativo para referirse o contraponerse a él, aunque puede existir tal posición.

La encuesta practicada nos mostró una población con un determinado nivel participativo y, en testimonios recogidos, hemos hablado con pentecostales que además son, entre otras cosas, dirigentes sindicales en sus centros de labor. La respuesta podría encontrarse, sobre todo entre los conversos a partir de los noventa, en una pérdida de expectativas con relación a las soluciones de sus problemáticas cotidianas por un proceso secular. Se trata de algo así como una sacudida de su espacio vital que puede haber contribuido a la traslación de la confianza en lo que debía brindarles la sociedad hacia una fe religiosa con un paradigma espiritual diferente articulado a la experiencia de lo sobrenatural. Este proceso no implica necesariamente la negación ni el rechazo absoluto de las vivencias anteriores. Resultó curioso que, en las respuestas a las preguntas de la encuesta, la aspiración a alcanzar el Reino no ocupó un lugar relevante entre las aspiraciones señaladas. La mayoría de estos creyentes (mayoritariamente nuevos en la iglesia) está más cercana a una búsqueda de protección, de acompañamiento, que de la vida eterna, privilegiada por un 27%. Este argumento se confirma particularmente en el relato, por parte de los creyentes, de la búsqueda de un intercambio con “un Dios al que pido y me da”.

El cambio de vida (conversión) del sujeto, dentro de la perspectiva de recuperación del individuo de la que partió el protestantismo desde su nacimiento, también puede conducirlo a procesos de espiritualización reductores de la realidad y absolutizadores del sentimiento y la experiencia de lo religioso, que ofrecen muchas iglesias pentecostales y los llamados *carismáticos*, cuyos líderes, por esa vía, se apropian o intentan apropiarse del *espacio vital* de los sujetos.

En estos procesos no sólo se producen satisfacciones; también hay decepciones e inconformidades que reconocemos entre las causas que dan lugar a la salida de una congregación para entrar en otra que ofrezca a los creyentes la satisfacción que no han encontrado. Se han comprobado casos en que el exceso de prohibiciones en algunas iglesias que todo lo consideran pecado ha presionado a individuos a alejarse de ellas desconcertados y hasta temerosos. El concepto de movilidad resulta hoy significativo en este ámbito.

El pentecostal es uno de los segmentos religiosos que más se dinamiza. En el marco del pentecostalismo, entre los extremos fundamentalistas y renovadores, se presenta la heterogeneidad de posturas que hemos intentado resumir. Se han ampliado tendencias socializadoras verificadas en el terreno de la espiritualidad y en la participación en proyectos comunitarios y de atención a sectores sociales, en particular, los más vulnerables. Con mayores posibilidades ahora para emprender proyectos, algunos se suman eficientemente a tareas de mayor alcance.

Todos estos elementos indican la necesidad de profundizar en la participación unida de creyentes y no creyentes y en la consideración de lo religioso en la cultura, de la que forma parte constitutiva. Seguimos al teólogo reformado Paul Tillich, para quien ambas convergen y autoimplican.

Las congregaciones pentecostales suelen brindar sentido de pertenencia a un grupo, relaciones, fraternidad, apoyo (material en ocasiones) y, en el mejor de los casos, símbolos cristianos que, al tiempo que enriquezcan espiritualmente al individuo, no desarticulen su participación ciudadana, parte constitutiva también de su espiritualidad. Ofrecen salidas a tensiones a través de una vivencia religiosa física y emotiva. Son espacios atractivos, particularmente en épocas críticas.

El pentecostalismo constituye un sector religioso que se presenta con rasgos cualitativamente superiores a épocas pretéritas. No es monolítico. Es plural. Y no sólo como parte de la *natural* fragmentación protestante, derivada de su origen, estructura, símbolos y prácticas. También como resultado de las condiciones locales que han desempeñado un rol esencial en su desarrollo, características y organización de estrategias. La particularidad de los fenómenos ante realidades económicas, políticas y sociales advierte la necesidad de no extrapolar mecánicamente análisis y criterios provenientes de otros contextos, sin que ello niegue el intercambio fructífero entre especialistas para precisar semejanzas, diferencias y generalizaciones posibles.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez, Carmelo 1989 *Cuba. Testimonios y vivencias de un proceso revolucionario* (San José de Costa Rica: DEI).

Arce, Reinerio y Quintero, Manuel (eds.) 1997 *Carismatismo en Cuba* (Quito: CLAI).

Bajtín, Mijail 1985 *Estéticas de la creación verbal* (México DF: Siglo XXI).

- Berges, Juana 1999 *Proyecciones socio religiosas de jerarquías y elites protestantes* (La Habana: CIPS-DESR).
- Berges, Juana 2001 *Fundamentalismo, ortodoxia y cambios: un análisis de las particularidades del pentecostalismo cubano* (La Habana: CIPS-DESR).
- Berges, Juana; Cárdenas, René y Carrillo, Elizabeth 1991 *Proyecciones teológico-religiosas y sociales del pastorado protestante* (La Habana: CIPS-DESR).
- Cárdenas, René 1999 *Las casas culto* (La Habana: CIPS-DESR).
- Cepeda, Rafael (ed.) 1986 *La herencia misionera en Cuba* (San José de Costa Rica: DEI).
- Fariñas, Daisy y Díaz, Ana 1989 *El pentecostalismo. Su significación en la sociedad cubana* (La Habana: CIPS-DESR).
- Fariñas, Daisy y Díaz, Ana 1990 "El pentecostalismo. Su desarrollo. Especificidades en la sociedad cubana" en Ramírez, Jorge et al. *La religión en la cultura* (La Habana: Academia).
- Godelier, Maurice 1984 *L'idéal et le matériel. Pensée, économie, sociétés* (París: Fayard).
- González, Avelino 1986 "La Iglesia Cristiana Pentecostal de Cuba como misionera y misionada" en Cepeda, Rafael (ed.) *La herencia misionera en Cuba* (San José de Costa Rica: DEI).
- González, Rodhe y González, Eunice 1998 "Relación estructura participación en las comunidades pentecostales" en *Caminos* (La Habana) N° 12.
- Gutiérrez, Benjamín (ed.) 1995 *En la fuerza del espíritu* (Guatemala: AIPRAL-CELEP).
- Lalive D'Epinay, Christian 1967 "El espíritu y el campo ecuménico en pastores sudamericanos" en *Social Compass* (Sage Publications) Vol. 45, N° 5-6.
- Lalive D'Epinay, Christian 1968 *El refugio de las masas* (Santiago de Chile: Editorial del Pacífico).
- Mariátegui, José Carlos 1962 *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana* (La Habana: Casa de las Américas).
- Olmos Muñoz, Maruja 1952 "Un trabajo estadístico histórico en síntesis de la obra evangélica en Cuba", Tesis de Bachillerato en Teología, Seminario Evangélico de Teología, Matanzas, Cuba.

- Palma, Samuel y Villela, Hugo 1991 "El pentecostalismo: la religión popular del protestantismo latinoamericano" en *Cristianismo y Sociedad* (México DF) N° 109.
- Pichardo, Hortensia 1969 *Documentos para la Historia de Cuba* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) Tomo II.
- Ramírez Calzadilla, Jorge et al. 1999 *El incremento en el campo religioso en los 90. Reactivamiento y significación social* (La Habana: CIPS-DESR).
- Ramos, Marco Antonio 1986 *Panorama del protestantismo en Cuba* (San José de Costa Rica: Caribe).
- Romero, Jilma 1995 *Los efectos del pentecostalismo en la sociedad cubana* (Managua: UNAN).
- Schafer, Heinrich 1996 "El fundamentalismo y los carismas. La reconquista del espacio vital en América Latina" en *Pasos* (San José de Costa Rica) N° 64.
- Shaul, Richard 1998 "El desafío del pentecostalismo a las iglesias históricas", mimeo.
- Tabares, Rodhe 2000 "Mujer y pentecostalismo en Cuba", Tesis para la Licenciatura en Teología, Seminario Evangélico de Teología, Matanzas, Cuba.
- Tabares, Tomás 1982 "Apuntes para una historia de la Iglesia Cristiana Pentecostal en Cuba", Tesis para la Licenciatura en Teología, Seminario Evangélico de Teología, Matanzas, Cuba.